YO ESCRIBO, YO ME ESCRIBO...

POR

HELENA ARAUJO

Université de Lausanne

Yo escribo, yo me escribo... Zona de enfrentamiento entre lo real y lo imaginario, mi escritura se convierte en una opción ineludible. Miedo, silencio, ansiedad rondan estados energéticos que anuncian procesos de sublimación. A veces, cuando sobreviene la toma de palabra, hay una impresión de estallido, de emanación. Otras me viene una asociación libre. Obsesionada, monologeo, me cuento, me relato. Identidad, mensaje, compromiso... El imperativo de politizar, frente al de poetizar, me bloquea y me angustia. Leer a Rilke me culpabiliza, sabiendo lo que sucede ahora mismo en Chile, o en el Salvador, a lo largo y a lo alto y a lo inmenso del continente. Cuando escribo, la coordenada sociopolítica puede adquirir tanta importancia como la evolución interior del personaje. A nivel temático, la angustiosa circularidad del encierro alterna con la experiencia iniciática del viaje, etapa de pasaje hacia una posible libertad. A partir de una autosuficiencia narcisista o de una infatuación amorosa, intento expresar la vida del cuerpo, sin censuras. Vivencia fulgurante o desplazamiento migratorio, mi feminidad intenta acoplarse con el acontecimiento o fluctuar con los ritmos naturales. Sólo al conservar las ideas y los hechos sin prescindir del deseo, los significantes se acoplan a los significados arrastrando el discurso más allá de la alienación. Al acoger plenamente la diferencia con respecto a un hipotético narrador, la puedo gozar en su juego y en su placer.

Pero... ¿dónde está mi diferencia como narradora? Aparentemente, en ninguna parte; mi texto ha de ser a la vez *animus* y *anima*, inspiración alternada... Además, narradora, debo soportar, como el narrador, las presiones de una sociedad tecnocrática orientada al consumismo. Y ejercerme en un lenguaje que no implica un intercambio comunicativo neutro, sino un proceso de clases o jerarquías. De acuerdo, pero ¿se olvida acaso la discriminación que ordenan los *roles* sexuales? Ayer todo era paterna-

lismo; hoy, el poder y el sistema se ejercen, como diría Baudrillard, en función del culto fálico. Y a nivel semiológico, aunque nuestro discurso tenga igual potencial de creatividad, me cuesta salir del *rol* pasivo-silencioso... ¿Será el masoquismo heredado, voluntario, compulsorio? Mis textos deben resumir la interacción sociedad/lengua. Los fabrico en el «continente negro» de esa feminidad que Ortega y Gasset solía confundir con la especie. Cierto; la sexualidad femenina ha sido tan vejada y deformada que no se deja descubrir sin obscenidad. Me digo que debo convertirla en gozo, que es hora de que anule una personalidad respetada públicamente, pero ajena a la propia, a la «otra», a la que escribe o se escribe. ¿Cómo eludir esa realidad que el lenguaje autoritario ha convertido en opresión-represión? Busco una nueva semiótica, una nueva simbólica... George Steiner dice que las mujeres reforzamos el adjetivo y lo hacemos penetrar en el mundo del nombre... ¿Por qué no lo he de intentar yo? Al fin y al cabo la frigidez no es sino la intención de limitar la libido a circuitos de un orden legislador...

Al escribir, al escribirme, también «nos» escribe... En los textos de mujeres que leo a diario observo que el discurso es desigual, oscilante, tan sumiso como reacio a códigos heredados. En su ambigüedad, merece un «décriptage», un desciframiento. Los contenidos simbólicos o míticos, la periodización histórica, el vivir subconsciente de las narradoras, debe tomarse en consideración. Desde el ángulo de la identidad y la representación, actantes y hablantes manifiestan su *rol* y su dinámica en la historia... ¿Sucedecae lo mismo con mis textos? Ya menciono la ansiedad que me suscita esa polarización de politizar o poetizar... A ésta se suma la bendición/maldición genérica, el *gender gap*... ¿Puedo superarlo acaso? ¿Cómo? ¿Cuándo? Equivale a dejar atrás un «acondicionamiento». Nueva paradoja. Nueva encrucijada. Desde pequeña se me impuso una conducta acorde a un *status* de inferioridad. Más adelante aprendí que debía renunciar a mis ambiciones personales si quería ganar la aprobación de quienes me rodeaban. No lo hice. Quedé oscilando entre el precio de la rebeldía y el peso de la opresión. Razón tuvo Simone de Beauvoir al definírnos como personas que a la vez pertenecen al mundo masculino y a la esfera donde se le impugna. Sabemos que, desde tiempos inmemoriales, la ideología del sexo existe como superestructura del sexismo y reparte las tareas así como los comportamientos. Para nosotras, el proceso creador debería ser una actividad lúdica y vital, una búsqueda de luz, color, horizonte. Sin embargo, en esta sociedad, todo ha de someterse a los postulados de una elite que busca la productividad y el prestigio. Y quienes encabezan el ejército de «creadores» apenas reproducen la imagen que el mundo falocrático proyecta de sí mismo... Lo femenino no ha podido

nunca manifestarse sino dentro de parámetros masculinos. Tiene razón Luce Irigaray cuando afirma que no hay sino un solo sexo, un solo modelo fálico. Y razón tiene Hélène Cixous al decir que la exclusión, el rechazo, la discriminación a que hemos sido sometidas nos coloca en posición desfavorable. A veces no nos es posible recobrarnos y llegar a nuestra mismidad sino en secreto y a escondidas, como también lo ha dicho Cixous.

Cierto, el conocimiento de la sexualidad nos ha sido tradicionalmente vetado por la moral y la religión. Y —lo que es peor—, en esta época, nuestra subjetividad (zona donde transitan las pulsiones y se manifiesta la libido) es ignorada por un siglo que ha hecho del psicoanálisis otro método de acondicionamiento, no sólo imponiendo la idea de que somos seres castrados, sino plegándose a los criterios de un pensamiento científico y logicista. Desde finales del siglo pasado impera una concepción mecanicista de la vida, concentrándolo todo en el mundo exterior. De este modo, la subjetividad se ha venido convirtiendo poco a poco en asunto para «almas sensibles». Sin embargo, es en el mundo subjetivo donde se hallan las claves de la personalidad: al contemplar un fenómeno a partir de la subjetividad, intervienen factores que pueden modificar nuestra percepción de las cosas. Sabemos cómo, desde la Antigüedad, existe una necesidad de vida interior paralela al ser social y al instinto colectivo. Dentro de la neurosis contemporánea, la aspiración de quienes no disfrutamos de una vida afectiva plena es mantener una relación personal con el mundo, o sea, una relación que admita la referencia a los procesos del inconsciente y de la subjetividad. ¿Cómo hallar esta palabra que soy yo misma?

Busco un lenguaje analógico. Un lenguaje espontáneo que brote libremente de las relaciones recíprocas entre imágenes y conceptos. Creo que la analogía surge como expresión de la subjetividad, que tiene una organización temática inconsciente y una carga afectiva y emocional que se proyecta en todos los objetos de la experiencia existencial. Así afloran procesos psíquicos involuntarios, recuerdos, intuiciones, premoniciones. Y cobra auge un lenguaje simbólico, que, a pesar de su supuesta «alteridad», tiene una coherencia propia. Resulta evidente que la analogía y el discurso simbólico poseen su propia lógica, y la subjetividad de la cual provienen se manifiesta a través del inconsciente. Es evidente que este discurso me es más accesible, está más próximo a mi mundo introverso y a una identidad que de todos modos se halla involucrada en la censura y la represión. Una censura y una represión que conciernen las pulsiones sexuales dentro de una tradición que nos impide, desde la infancia, asumir nuestro propio cuerpo. Porque decir cuerpo es decir deseo, y no he-

mos sobrevivido durante siglos sino bajo la prohibición del deseo. Una economía basada desde tiempos inmemoriales en el intercambio de mujeres y una moral que se ha aliado a ella para subordinar la sexualidad a la reproducción nos ha mantenido desposeídas e ignorantes de nuestro propio deseo.

¿Cómo, dónde hallar ese lenguaje-cuerpo, lenguaje-deseo; cómo poetizar sin dejar de politizar? Cuando publiqué mi primer libro de relatos, en 1970, colegas como Fernando Soto señalaron su significación política. Allí, una ciudad infestada por las moscas, se dejaba describir como laberinto de miserias y obscenidades, desesperada rapiña de poder en las elites, hambre en las masas. Un *long-short-story* que, sin embargo, pasó inadvertido para colegas como Juan Gustavo Cobo, concentrado en otros dos relatos, sobre una niña que no acaba de salir de su pubertad y una burguesa que, por tedio, se decide a cometer el único pecado que le es permitido cometer en su rutina de buena esposa y ama de casa. En esos dos relatos, naturalmente, había más de mí misma que en el primero... El último de la colección describía las nostalgias de un adolescente peregrino, actor de sí mismo, curiosamente andrógino. «Tu personaje habla de una manera y actúa de otra», me dijo una escritora chilena... Ese personaje, en cierto modo, se prolongaría en el Enrique Sánchez de mi novela sobre Teusaquillo, el barrio donde crecí y donde sucedieron tantos hechos de la vida nacional en las décadas del cuarenta y del cincuenta. Enrique Sánchez vendría de ese barrio y sería el compañero inseparable de Elsa Arango, mi otro yo viajero, bohemio, artista, amante... En una lectura de esa novela, Juan Manuel Marcos señaló el desgarramiento de Elsa entre su «compañerismo» con Enrique y su relación sadomasoquista con un político de izquierda... De nuevo, al escribir, fue en los monólogos de esa pasión donde hallé un habla de mis abismos y mis recovecos: las analogías inventaron su propia coherencia. «Todo pasa a través de la impresión exaltada de Elsa, que fantasea», dijo Tomas Stefanovics. «Prosa inmediata, degollada a ratos», dijo Beatriz Pottecher. ¿Qué tanto les llegó a ellos y a otros lectores de lo que dije sin decirlo?

Más allá de las mil incidencias de la publicación y la difusión de un libro, lo que me concierne es ese diálogo mudo y, sin embargo, vital con el destinatario. Allí es donde hallo mi subjetividad, mi posible comunicación. Quiero una actividad verbal que corresponda a mi sentir, que desdén la acción personalizada. Ahora mismo, delante del papel, se me extinguen las palabras... Hay ese vínculo con lo irracional... ¿No lo ha definido Jean Starobinski como el repliegue de la persona sobre su singularidad, llegando al extremo del mutismo? Y también ha dicho que la literatura no pertenece exclusivamente al dominio de la razón...